

JOSÉ MARTÍ

CIUDADANO DE AMERICA

POR

C. GALVAN MORENO



1953

BUENOS AIRES

GEM

Todo listo para la acción, empezó la desesperante espera de la orden de Gómez, quien, como director militar de la guerra, era el que debía impartir la orden definitiva. Entretanto, los realistas conscientes de la gravedad de la tormenta, sacaban a relación las ya archivadas reformas de Maura. Martí vivió por ello horas de gran intranquilidad. Temía que las pregonadas reformas debilitaran el ímpetu de la acción a iniciar. Ansioso por la demora de Gómez, explica que, hasta que las reformas "puedan debilitar el ánimo del país", se puede, de sobra "llegar con ímpetu y hacer olvidar ese ardid". En verdad, es sólo un ardid y por ello Martí consideraba el momento "feliz y peligroso", si no se aprovechaba como creía debía ser aprovechado.

A Maceo le dice el 3 de noviembre:

No me pregunte mi opinión. Es la de Ud. Y sé que es la hora del país, y que, en nuestra economía y modestia, podemos servirle. Pero he de estar, no a mi voluntad y juicio solos... sino al concurso de los demás, sobre todo cuando mi premura pudiera parecer intrusión... Las revoluciones, por muy individuales que parezcan, son obra de muchas voluntades, y hay que inclinarse con frecuencia la propia.

Explícale largamente todos los arreglos hechos respecto a la forma de proveer lo que Maceo habrá de necesitar cuando Gómez dé la señal y termina: "¿Tendrá jamás nuestra patria que esperar por mí? No."

A otros jefes repíteles como a Maceo, que es Gómez quien debe dar la orden y les recomienda no olviden que su silencio "es trabajo y lucha activa por que no triunfe en Cuba la intriga que se nos quiere, a la hora de herir, clavar en el brazo.

Al llegar noviembre, una noticia grave: Antonio Maceo ha sido herido en Costa Rica por un grupo de españoles. Su ansiedad sólo se mitiga cuando sabe que la herida mejora. El 23 de noviembre escribe al mulato sobre eso y sobre la revolución. Gómez, por fin, le anuncia enviarle los detalles finales.

Y el 2 de diciembre, comunica la gran noticia:

Cable muy satisfactorio, plenamente satisfactorio de Gómez; y yo contentísimo y nunca con más fuerza y con vía más segura que hoy.

Por fin la hora de la acción iba a sonar. Martí no cabía en sí de contento. Por fin se trocaría en acción el verbo. Por fin le sería dable tener patria, por lo menos luchar por ella y su libertad; demostrar que el miedo al pelear y a la muerte no era de los caracteres de su temple.

CAPÍTULO XXX

¿COBARDIA O TRAICION FALAZ?

No tengas nunca miedo de sufrir. Sufrir bien por algo que lo merezca, da juventud y hermosura.—MARTÍ.

Al terminar 1894, los cubanos de la emigración, como un solo haz, juntaban sus voluntades fundidos en el espíritu de sus dos prestigiosos jefes: Martí, en el orden civil; Gómez, en el militar.

Martí es la voz por excelencia, hasta que la iniciación de la lucha señale a Gómez su momento. Junto a Martí está hasta Collazo, el de la mentada carta, y trabajando con decisión y empeños encomiables.

Dada la orden por Gómez, Martí hace andar sus planes de movilización de recursos. Contratados tiene ya, y fondeados en el pequeño puerto de Fernandina, cerca de Jacksonville, dos yates veloces; el *Lagonda* y el *Amadis*; y un vapor, el *Baracoa*. Estos barcos, simulando llevar máquinas agrícolas, trabajadores y mineros, para Centro América y Cuba, deben partir de ese puerto, cuando Martí dé la orden. Su carga real serán armas y municiones; y los trabajadores, emigrados para empuñar esas armas. Ni el capitán, ni los tripulantes de ninguno de esos barcos, conocen el destino real de ellos.

El *Amadis* debía partir, según la ficción, llevando elementos para las minas de manganeso de un tal Mantell, en Santiago de Cuba. En él debía ir el hijo de ese empresario, John Mantell, en realidad el hijo primogénito de carmita Mantilla, Manuel, al que acompañaba, con el nombre falso de Miranda, un coronel de las pasadas campañas. La misión real del *Amadis* era recoger en Costa Rica a Maceo, su hermano José, Flor Crombet y otros expedicionarios.

El *Lagonda* debía recoger en Cayo Hueso al brigadier Serafín Sánchez, a Carlos Rolof y otros.

En cuanto al *Baracoa*, partiría rumbo a Santo Domingo, para recoger a Gómez y a sus acompañantes, entre los que contarían el mismo Martí —a quien nadie haría desistir de esta resolución—, el brigadier Enrique Collazo y otros, con la mira de desembarcar en la costa sur del Camagüey.

Todo estaba minuciosamente calculado, exactamente previsto.

Las armas y municiones, en cantidad no imaginada ni por Gómez, ni por Maceo, ni por ningún emigrado, debían llegar al Puerto de Fernandina, de escaso movimiento, por una vía particular del ferrocarril, embaladas como máquinas. Allí no faltaba un detalle descuidado o no previsto, para asegurar el secreto y el éxito.

Pero faltaba, sin embargo, algo que Martí no podía prever: la dignidad y lealtad de uno de los poquísimos a quienes fué imprescindible confiar en último momento los detalles precisos. Este mal cubano, que ornaba sus hombros con las charreteras de coronel, llamábase Fernando López de Queralta, nombre que se debe decir como se dice el de los hombres dignos, porque el crimen también merece mención para escarnio y escarmiento.

Martí, sin confiar en nadie, había ajustado personalmente hasta el más mínimo detalle. El mismo había contratado dos barcos con un señor Borden que poseía en Fernandina un embarcadero y podía disponer de los navíos necesarios. El fletador no sospechaba, ni tenía por qué sospechar, el verdadero destino de los barcos. Cuando llegó el momento, cada jefe de grupo recibió las indicaciones del caso para hacerse cargo del barco asignado. Su gran amigo Serafín Sánchez, nombró al coronel de la pasada guerra, López de Queralta, para que se hiciera cargo del suyo. Era éste un hombre que llevaba también el aval de Enrique Collazo. Queralta recibió las instrucciones, precisas y exactas, a que debía ajustar su cometido. Su misión es recoger trabajadores en las Antillas y llevarlos al puerto que se le indicará. Los documentos están en regla. Pero este hombre que quizá allá en lo hondo de lo íntimo temía la campaña a iniciarse o quizá hacía de Pilatos entre sus compatriotas, empezó a poner dificultades, manifestándose reacio a emprender el viaje. Entrevistó a Martí, y aseguró por "su honor, que podría proporcionar para su grupo un barco en condiciones preferibles." Martí se resistió a acceder a ese cambio, pero al final, descendiendo de su energía constructiva hasta el momento tan eficaz, cometió la debilidad de acceder a intentar lo que proponía el incapaz o traidor Queralta.

Fué así cómo, acompañado de éste, concurrió, usando el nombre con que habían sido contratados los otros barcos, a la misma oficina donde se hizo ese contrato, y que él no sabía era la misma. López de Queralta había confiado ya al agente la finalidad real del contrato que se le iba a proponer, de manera que el agente se pudo dar cuenta sobre cuál era la misión real de los otros barcos, que él alquiló en la creencia de que irían a llevar trabajadores y máquinas.

El agente, ni tardo ni perezoso, dió cuenta a las autoridades americanas, y como es lógico, éstas ordenaron interferir las embarcaciones contratadas por Martí, a la sazón ya cargadas y casi listas para partir.

López de Queralta había llevado aún más allá su villanía. Las armas que debía llevar y que Martí había proyectado fueran remitidas al puerto por vía privada, en vagones propios, a los almacenes propios, y al muelle propio, Queralta las remitió facturadas como artículos militares, por carga general y tan mal embaladas, que las cápsulas de municiones venían casi al descubierto. Se perdió así mucho tiempo y se hizo publicidad de lo que debía ser absolutamente secreto.

La orden de interferencia de las autoridades marítimas llegó a Fernandina el 12 de enero de 1895, en momentos en que el joven Mantilla y sus acompañantes estaban ya a bordo. Estos procedieron con admirable serenidad, consiguiendo desembarcar sin ser detenidos y dejando margen al derecho de reclamar la devolución de la carga. En idéntica situación se encontraron los otros dos barcos y el grupo de cubanos dirigentes, entre ellos, el mismo Martí, que con un nombre supuesto, debió ocultarse para escapar a las pesquisas de la autoridad, en la casa de Ramón Miranda, suegro de su secretario Gonzalo de Quesada.

La divulgación de estos hechos produjo enorme sorpresa. La prensa americana hizo gran algarada de la noticia. Los españoles verdaderamente sorprendidos por la magnitud del esfuerzo, que no habían imaginado fuera tal, especularon con la noticia para atizar las persecuciones.

Pero los más sorprendidos de todos, fueron los cubanos mismos, muchos de los cuales albergaban en silencio resquicios de duda sobre lo que estaba haciendo Martí; otros, francas sospechas que no callaban en los círculos íntimos, y todos casi, sin sospechar, ni remotamente, cuánto el esfuerzo del caudillo había logrado acumular en recursos efectivos.

La interdicción de las autoridades marítimas fué un golpe de maza, en un centro vital a la obra de la emancipación trabajada por Martí con afanes de artífice, pero en medio del terrible desastre, pudo observarse de inmediato una resultante inesperada: el crédito del dirigente cuyo golpe acababa de fracasar, lejos de disminuir o anularse, adquirió entre la emigración proporciones inusitadas. Como por arte de encantamiento quedaron mudas las murmuraciones; las sospechas, hasta en sombras, desaparecieron totalmente como las nubes que avienta muy lejos el huracán. Todos, a una, no pueden

menos de reconocer que aquel hombre febriciente, con urgencias de iluminado, en quien tantas veces no creyeran, había trabajado con honradez e inteligencia poco común.

Lo mismo ocurrió cuando en los primeros momentos del fracaso, un grupo de dirigentes, entre los que iban Collazo y Mayia Rodríguez, dispusieron entrevistar a Martí para pedirle airada cuenta de lo sucedido. Ya en el hotel de Jacksonville, donde el Delegado se hospedaba sorteando a la policía, lo encontraron presa de la desesperación. Al verlos, los recibió con la exclamación desesperada de: "Yo no tengo la culpa, yo no tengo la culpa".

Tras las explicaciones que él les dió, los interpelados comprendieron, ¡bien que lo comprendieron!, que si hay alguien con culpa en el trance, ese alguien es cualquiera menos Martí. Así se lo hacen saber, devolviéndole su total confianza y su aplauso franco.

Ahora es Martí, quien, ya serenado e indomable como siempre, habla de la imposibilidad de abandonar la empresa en marcha. Han cambiado los medios pero no debe cambiar el entusiasmo y la resolución. Se impone ir adelante como se pueda, pero ir. Como olvidado ya de la reciente desgracia, vuelve a ser el jefe sereno, decidido, presto a todos los sacrificios.

Fué así cómo el fracaso por culpa de la traición, si bien plantó un gran escollo a la causa de Cuba, robusteció en la emigración cubana, ya sin distinciones, en todos los cubanos de Cuba misma, la fe en el hombre que hasta entonces venía dirigiendo la revolución. Nadie, ni amigos ni enemigos, dentro y fuera de Cuba, habían supuesto una acumulación tal de elementos y de recursos; un tan eficiente grado de preparación general; una tan vasta obra llevada a cabo.

Martí, en carta a Gualberto Gómez, explicativa de la traición y el fracaso, recomienda tenga alta las esperanzas de los cubanos, que en cuanto a él, "sin un día de pérdida, y sin haber perdido un solo respeto y ayuda, emprende la nueva labor... No teman desmayos ni especies injustas. Andaremos como la luz."

A Dolores Poyo, el director del Yara, le dice: "Saquemos provecho del respeto de que hemos dado muestras. A mí, acá, en cuanto toco, eso me ha aumentado en vez de quitarme fuerzas."

Y a Maceo:

Le escribo con más fe que pesar, para darle rápida cuenta de la contrariedad que, de mano de un cobarde, ha venido a pararnos el brazo.

Tras el detalle de los hechos acaecidos, comenta:

No se ha perdido, por fortuna, el respeto al cubano. La magnitud de la

empresa, sobre la cual, ni Ud. ni yo perderemos tiempo de hombres en lamentarnos, parece haber pasmado a los cubanos más mezquinos e incrédulos.

Con ese espíritu indomable, empieza a trabajar un nuevo plan, que ha de ser ya definitivo. El, con Gómez y demás jefes de la revolución, desembarcarán en Cuba. Facilitará a Maceo dos mil pesos, única suma de que puede disponer para que él lo haga a su vez llevando los hombres que están cerca, y la obra irá adelante.

Aunque sus movimientos son ahora mucho más difíciles, porque una red de espías españoles ronda procurando ubicarlo, lo mismo que persiguen los reporteros para la valiosa información que puede darles, distribuye el trabajo entre sus más fieles colaboradores, se pone en contacto con Gómez y no descansa un instante. Ahora sí que parece ir montado en un relámpago. Ahora debe permanecer casi constantemente encerrado en la casa donde se refugia, que recorre nervioso a grandes pasos. Planea, medita, escribe, habla premiosamente. Para su amigo Serafín Sánchez, patriota y buen amigo, tan honrado como valiente, pese a que fué él quien le recomendó al traidor, dedica el 21 de enero una carta en verso:

*De tanto esperar —es cierto
que lo espero cada día—,
que cabe al fin la agonía
en el reposo del muerto.*

*Me entran como temporales
de silencio —precursor
de aquel silencio mayor
donde todos son iguales,*

*.....
Y luego de hacer el pan
con el dolor cotidiano,
muerta la pluma en la mano
me envuelvo en el huracán.*

A Dolores Poyo:

Tengo la casa llena de gente... Espero impacientísimo noticias directas de Cuba... Yo, por mí, lo veo claro. Cuba nos espera y no puede esperar mucho tiempo.

Las noticias de Cuba no pueden ser más decisivas. Allí está, en agitado fermento el espíritu de la rebelión. Se clama por la acción inmediata. El fracaso de Fernandina no ha afectado a los cubanos de la Isla; al contrario, agrandó en ellos la fe, insufló la confianza que ahora pueden tener sobre la ayuda de la emigración.

Martí, ante esas informaciones, sólo piensa en viajar hasta Santo Domingo, entrevistar a Gómez, decidirlo definitivamente y con él partir a Cuba. Verdad que carece casi totalmente de recursos para hacerlo, porque los pocos fondos disponibles en la Delegación están prometidos a Maceo para su pase a la Isla. Mas, él sabe, y lo sabe muy bien, que en trances de esa índole no falla la voluntad de los cubanos.

En pocas horas se suscriben algunos pesos. Llega así el 28 de enero, el día de su cumpleaños, que festeja dando forma a las instrucciones finales para la orden del levantamiento general en Cuba.

Al día siguiente, escribe a Serafín Sánchez:

...necesito tener cuanto pueda en el puño. Cuba disciplinada y con más fe. ...si nada pudo enviar hasta el recibo de esta carta, alce en la noche cuantos cientos pueda. Y avise el envío del giro. El sábado, antes de las doce, necesito tenerlo todo.

Ese mismo día firma con Mayia Rodríguez —representante de Gómez— y Enrique Collazo, las instrucciones con la orden del levantamiento general, que Cuba urge premiosa.

En esa orden, autoriza el alzamiento simultáneo o con la simultaneidad posible, en todas las regiones comprometidas de la Isla, para la *segunda quincena* y no antes, del mes de febrero. Se hace resaltar el peligro de todo alzamiento en occidente que no se efectúe en concordancia con un movimiento similar en oriente, Camagüey y las Villas. Para el alzamiento los firmantes aseguran a Cuba el concurso inmediato de los recursos ya adquiridos, y "la ayuda continua e incanzable del exterior."

Al día siguiente escribe al director del *Yara*, anunciando que va para allá su secretario Gonzalo de Quesada. "Yo iba a ir, pero mi tierra no lo quiere. A toda prisa tengo que echar por otros rumbos."

Indícale que Quesada va a que "retumbe en Cuba, después del esfuerzo que he ido salvando de una inicua entrega, la nueva declaración de nuestra fe. "¿Cejar yo, ni aturdirme cuando hay tanta desdicha que remediar, y tanta virtud? Caerá lo podrido y... perdurará lo virtuoso."

A los dos negros patriotas, Paulina y Ruperto Pedrozo, en cuya casa del Cayo se hospedara tantas veces, escríbeles con su secretario y les pide que si él,

...para cumplir con la obligación que lleva, llega... a tener que pedir a Uds. al fin, el sacrificio grande que tantas veces me han ofrecido, háganlo cueste lo que cueste. Sin eso podría toda nuestra obra venirse abajo, por falta de calor de nuestras manos. Yo, Uds. lo saben, estoy levantando la patria

a manos puras... Si es preciso, háganlo todo, den la casa. No me pregunten. Un hombre como yo, no habla sin razón este lenguaje.

Así, con sacrificios de esta índole, se hacen las grandes cosas. Los dos buenos negros sólo tenían su casita; era toda su fortuna.

A otro pobre y viejo cubano de los tabacales, le hace pedido similar:

Qué grave no será mi deber, y el caso, cuando pido al santo viejo que empeñe para su patria el techo que lo cubre..., cuando se lo pido yo. Honra quien pide. Es que cree en la virtud de aquél a quien pide.

Después de ajustar detalles miles, dar instrucciones, escribir cartas, premiosas todas, tomó el barco el 31 de enero, rumbo a Santo Domingo, acompañado por Maya Rodríguez, Enrique Collazo y Manuel Mantilla, su hijo adoptivo, digno hijo de Carmita.

A bordo del *Athos*, el barco que lo lleva a reunirse con Gómez, su imaginación sigue trabajando atormentadamente. Mientras navega, sufren una interrupción sus cartas por las cosas de Cuba. El descanso casi obligado, lleva su imaginación al hogar de Nueva York, donde, empañado el espíritu de tristeza, quedaron la mujer que tanto lo secundara en sus afanes de patriota, la que le dió el apoyo espiritual que su esposa no supo darle, y también su hijita María, dulce como un ángel y bella como la luz. Para la compañera escribe:

Muchos días han pasado y pasarán después de aquel doloroso de mi salida, sin que, ni este mar nuevo, ni el cielo claro me hagan olvidar tu pena y tu cariño. Es un pensamiento parecido al sol que sale de repente de entre las nubes negras, y llena de color la mar oscura. El recuerdo de Uds. —de tu alma limpia y leal—, es en mí una luz siempre encendida... Iré pensando y deseando con mi ternura mayor, que la vida respete y premie tu virtud, tu verdad, tu piedad... Hay pocas almas como la tuya de fidelidad, que es la aristocracia verdadera... Deja que la gente vanidosa e infeliz se entretenga royendo los huesos del mundo...

Para su hijita, su "niña querida", tiene idénticos pensamientos:

Tu carita de angustia está todavía delante de mí, y el dolor de tu último beso. Los dos seremos buenos, yo, para merecer que me vuelvas a abrazar, y tú para que yo te vea siempre linda como te vi entonces. No tengas nunca miedo de sufrir. Sufrir bien, por algo que lo merezca, da juventud y hermosura.

Continúa así, los sabios y tiernos consejos, le recomienda en especial sus estudios, en particular los de música, para los que tiene la niña alma dilecta, y se despide recomendándole cuide y mime a la triste madre, "porque es gran honor haber venido de esa mujer al mundo".